

se hundió en ella bruscamente hasta la garganta el cañón de la pistola, y disparó...

Al entrar su criado, atraído por la detonación, le halló muerto. Un chorro de sangre había salpicado el papel en que poco antes Gontrán escribía:

«Este es mi testamento...»



EL BORRACHO

S OPLABA tempestuoso y frío el viento Norte, arrastrando inmensas nubes, pesadas y negras, que arrojaban á su paso chaparrones furiosos.

El mar, picado y revuelto, mugía y azotaba la costa, lanzando sobre la orilla olas enormes, lentas y espumantes, que iban á estrellarse contra las rocas, produciendo un ruido semejante al de un cañonazo. Llegaban suavemente, con majestad, unas tras otras, engrosando hasta parecer montañas móviles, haciendo saltar de sus crestas amenazadoras la blanca espuma semejante al sudor de un monstruo.

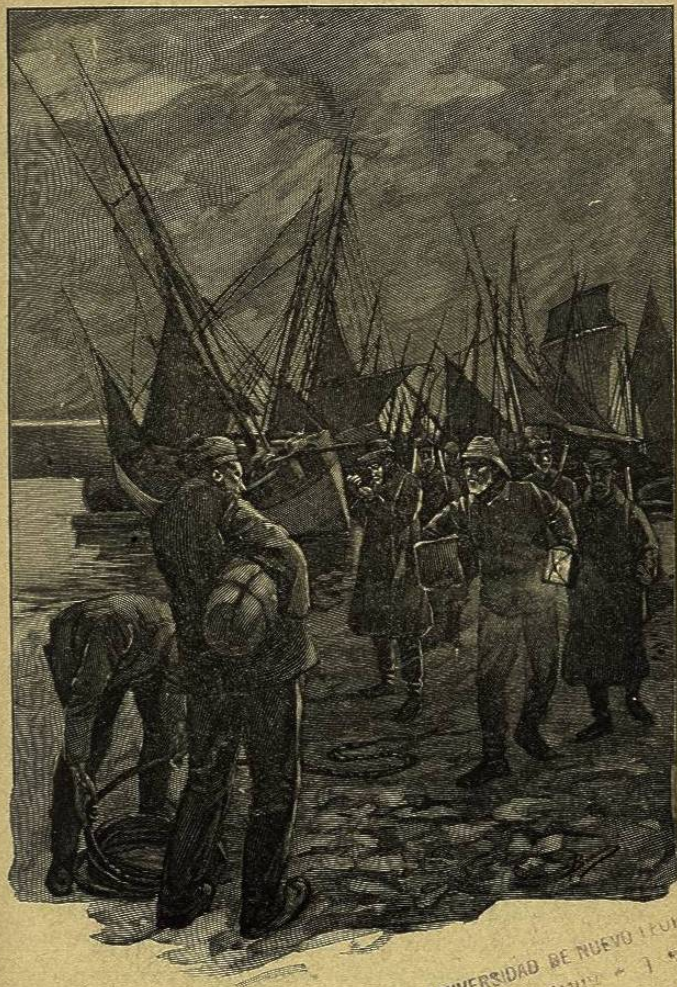
El huracán se precipitaba en el reducido valle de Yport, silbando y gimiendo, arrancando las pizarras de los cobertizos, destrozando los aleros, derribando las chimeneas, barriendo las calles con ráfagas

tan espantosas, que para defenderse contra ellas y no dejarse arrastrar era preciso agarrarse á las paredes. Así lo hacían los pocos hombres obligados á salir de su casa. Los chiquillos hubieran sido impulsados como las hojas secas por encima de los edificios, y arrojados por algún remolino en las acequias dormidas que forman los linderos de los campos.

Habían internado las barcas de pesca más allá de sus habituales refugios, hacia el pueblo, temiendo que las desamarrasen los furioses del agua cuando subiese la marea; y algunos pescadores, á cubierto bajo el vientre de sus barcas, puestas de costado, contemplaban aquella cólera del cielo y del mar.

Luego fuéronse retirando poco á poco. La noche hacía más terrible la tormenta envolviendo en su obscuridad el Océano enfurecido y todo el estrépito de los irritados elementos.

Dos hombres quedaron aún allí, con las manos en los bolsillos, la gorra de lana metida hasta las orejas, encorvados para resistir mejor los impulsos del huracán; eran dos corpulentos pescadores normandos, con sotabarba de pelo áspero, con la piel abrasada por las emanaciones y las salpicaduras del agua salada, con los ojos azules que tenían en su centro un punto negro, esos ojos perspicaces de la



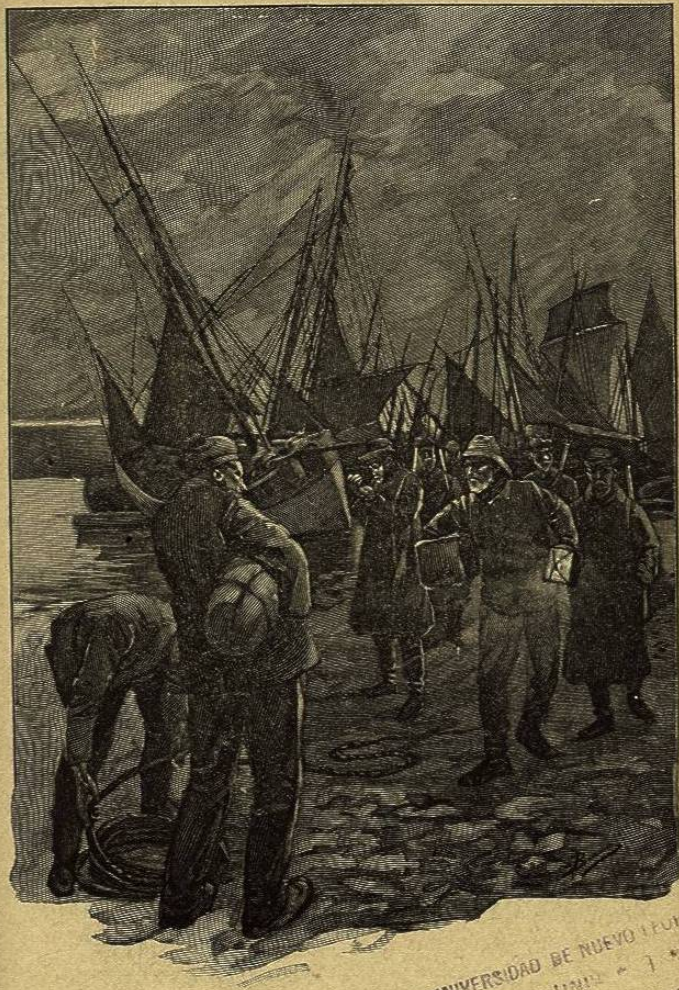
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIV. - 7.ª FA
 "ALF. B. J. REYES"
 1625 MONTERREY, MEXICO

tan espantosas, que para defenderse contra ellas y no dejarse arrastrar era preciso agarrarse á las paredes. Así lo hacían los pocos hombres obligados á salir de su casa. Los chiquillos hubieran sido impulsados como las hojas secas por encima de los edificios, y arrojados por algún remolino en las acequias dormidas que forman los linderos de los campos.

Habían internado las barcas de pesca más allá de sus habituales refugios, hacia el pueblo, temiendo que las desamarrasen los furioses del agua cuando subiese la marea; y algunos pescadores, á cubierto bajo el vientre de sus barcas, puestas de costado, contemplaban aquella cólera del cielo y del mar.

Luego fuéronse retirando poco á poco. La noche hacía más terrible la tormenta envolviendo en su oscuridad el Océano enfurecido y todo el estrépito de los irritados elementos.

Dos hombres quedaron aún allí, con las manos en los bolsillos, la gorra de lana metida hasta las orejas, encorvados para resistir mejor los impulsos del huracán; eran dos corpulentos pescadores normandos, con sotabarba de pelo áspero, con la piel abrasada por las emanaciones y las salpicaduras del agua salada, con los ojos azules que tenían en su centro un punto negro, esos ojos perspicaces de la



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIV. "REYES"
 1625 MONTERREY, MEXICO

gente de mar, que penetran hasta los más lejanos horizontes, como los de un ave de rapiña.

Uno dijo:

—Vámonos ya, Jeremías. Nos entretendremos jugando al dominó. Te convido.

El otro dudaba, tentado por el juego y por el aguardiente, seguro de que saldría luego borracho de la taberna de Paumelle, y contenido por el recuerdo de su mujer, que se hallaba sola en su casucha.

Objetó:

—Parece que has apostado á emborracharme todas las noches, y haces lo posible para conseguirlo. Dime, ¿qué ganancia es la tuya, puesto que siempre pagas tú el gasto?

Y reía, pensando en todo aquel aguardiente sorbido á expensas de otro; reía con la satisfacción propia de un normando que saca provecho.

Mathurin, su camarada, llevábale cogido por un brazo, arrastrándole y convenciéndole á la vez:

—Vamos, Jeremías, vamos allá. No hace noche para entrar en casa con el vientre frío; hay que darle algo que lo reanime. ¿Por qué te paras á pensar? ¿Qué temes? ¿No es mejor que te acuestes más tarde, cuando tu mujer te haya calentado la cama?

Jeremías insistió:

—La otra noche no me fué posible dar con la

puerta de mi casa... Me caí al arroyo y tuvieron que pescarme por la mañana. Estuve durmiendo en el barro ¡tan ricamente!

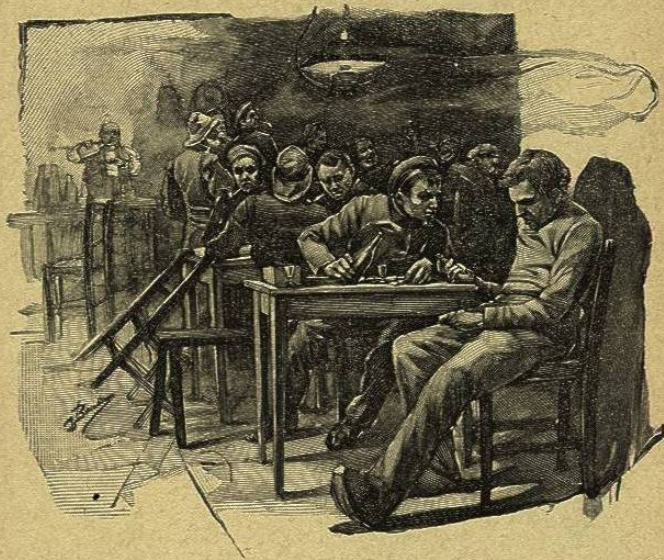
Y alegrándose con aquel recuerdo, que le hacía reír, dejábase arrastrar suavemente hacia la taberna de Paumelle, cuyos cristales brillaban transparentando la luz del interior. Mathurin le llevaba cogido por un brazo, y el viento empujábale también en aquella dirección. Jeremías era incapaz de resistir contra dos fuerzas tan poderosas.

La tienda estaba llena de marineros, de humo y de algazara. Todos aquellos hombres, vestidos con trajes de lana y apoyando los codos en las mesas, vociferaban para hacerse oír.

A medida que iban llegando más parroquianos, era más la bulla, pues á las voces de todos uníanse los ruidos que producían las fichas de dominó, empujadas violentamente contra el mármol de las mesas. La cuestión estribaba en hacer el mayor estruendo posible.

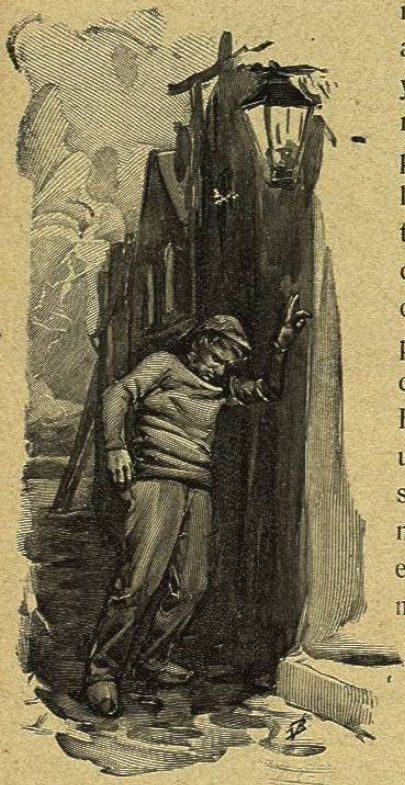
Jeremías y Mathurin buscaron un rincón para sentarse y dieron principio á la partida; trago á trago iba desapareciendo á cada punto el contenido de los vasos y se vaciaba la botella.

Jugaron mucho y bebieron más. Mathurin llenaba los vasos en cuanto los veía vacíos, proponiendo



que los vaciaran de un sorbo así que los tenía llenos; volviéndose hacia el tabernero, le guiñaba un ojo con disimulo, y el tabernero—un hombre grandón y coloradote—sonreía y gesticulaba, como si estuviera en el secreto de alguna broma convenida. Jeremías volcaba en su estómago vasos y más vasos de alcohol, meneando la cabeza, riendo á carcajadas, con risas que más bien parecían rugidos, mirando á su compadre con expresión estúpida y satisfecha.

Íbanse retirando los clientes, y cada vez que alguno abría la puerta para salir, entraba en la taberna una ráfaga de aire frío que agitaba y deshacía las espirales de humo de las pipas y balanceaba los quinqués de petróleo suspendidos del techo por cadenas, produciendo parpadeos y oscilaciones en la llama. Fuera, oíase crujir una ola estrellándose contra la costa, mientras bramaban el huracán y la tormenta.



Jeremías, con el cuello de la camiseta desabrochado, tomaba ya ciertas actitudes de beodo, estirando una pierna y dejando caer á plomo un brazo mientras con el otro seguía jugan-

do al dominó. Ya estaban solos con el tabernero los dos amigos, cuando aquél se acercó á la mesa, muy solícito, y preguntó á Jeremías:

—¿Cómo va eso? ¿Te sientes bien? ¿Te vas refrescando á fuerza de líquido?

Y Jeremías tartamudeó:

—Sí, sí... está bien... Tenía mucha sequedad... en la barriga...

El tabernero, mirando á Mathurin con expresión maliciosa, dijo:

—Y tu hermano, Mathurin, ¿qué hace á estas horas?

El marinero, con más ganas de reír que de hablar, contestó:

—No tiene frío sin duda, estará bien caliente, bien contento; no te apures por él.

Y los dos fijaron á un tiempo los ojos en Jeremías, que, triunfalmente, colocaba el doble seis, diciendo:

—¡Ahí está la más negra!

Cuando hubieron terminado la partida, el tabernero insinuó suavemente:

—Os dejo solos, muchachos, mientras yo voy á ver si están muy frías las sábanas. Bien. Os queda un quinqué y un litro de aguardiente. Lo que necesitáis. Cuando sea vuestra hora y os queráis ir, ce-

rrarás la puerta con llave por fuera, y echarás la llave por debajo del postigo, como lo hiciste la otra noche.

Mathurin respondió:

—Puedes irte á descansar tranquilo. Ya estoy enterado.

El tabernero se despidió de sus rezagados clientes, dándoles á los dos la mano, y encaramóse muy despacio por la escalerilla de madera. Durante algunos minutos, oyéronse resonar sus pisadas en el piso de arriba; luego un crujido estruendoso indicó seguramente que su pesada humanidad habíase desplomado sobre la cama.

Los dos marineros continuaron jugando al dominó. De cuando en cuando, una ráfaga más poderosa del huracán sacudía la puerta y azotaba el muro silbando con rabia. Los dos jugadores volvían la cabeza, como si creyesen que alguien iba á entrar. Luego Mathurin, alzando la botella del aguardiente, llenaba el vaso de Jeremías.

De pronto sonaron doce campanadas en el reloj que lucía su esfera sobre la pared, en lo alto, detrás del mostrador. Sus roncadas vibraciones parecían choques de cacerolas y se prolongaban mucho, con una sonoridad penetrante.

Mathurin se levantó, dispuesto á retirarse como

un marinero que ha terminado su hora de guardia, y dijo:

—Vámonos ya, Jeremías; larguémonos de aquí. Es tarde.

Jeremías incorporóse difícilmente, buscó el equilibrio apoyando las manos en la mesa; luego dirigióse á la calle dando traspiés, mientras el otro apagaba la luz.

Cuando estuvieron los dos á la intemperie, Mathurin cerró la taberna, y echando la llave por debajo del postigo, despidióse del otro diciendo:

—Hasta mañana. Que descanses.

Y desapareció entre las tinieblas de la noche.

*
* *

Jeremías dió tres zancadas, luego se tambaleó; extendiendo los brazos pudo apoyarse á tiempo en una pared, y sosteniéndose á duras penas avanzó como pudo, de milagro, sin medir el suelo con las costillas. Con frecuencia, una ráfaga de viento, enfilando por la estrecha calle, le impulsaba, le hacía correr algunos pasos; luego, cuando la racha cesaba, el beodo se detenía en seco, buscando su aplomo para no caer de bruces, inseguro y vacilante sobre sus piernas temblorosas.

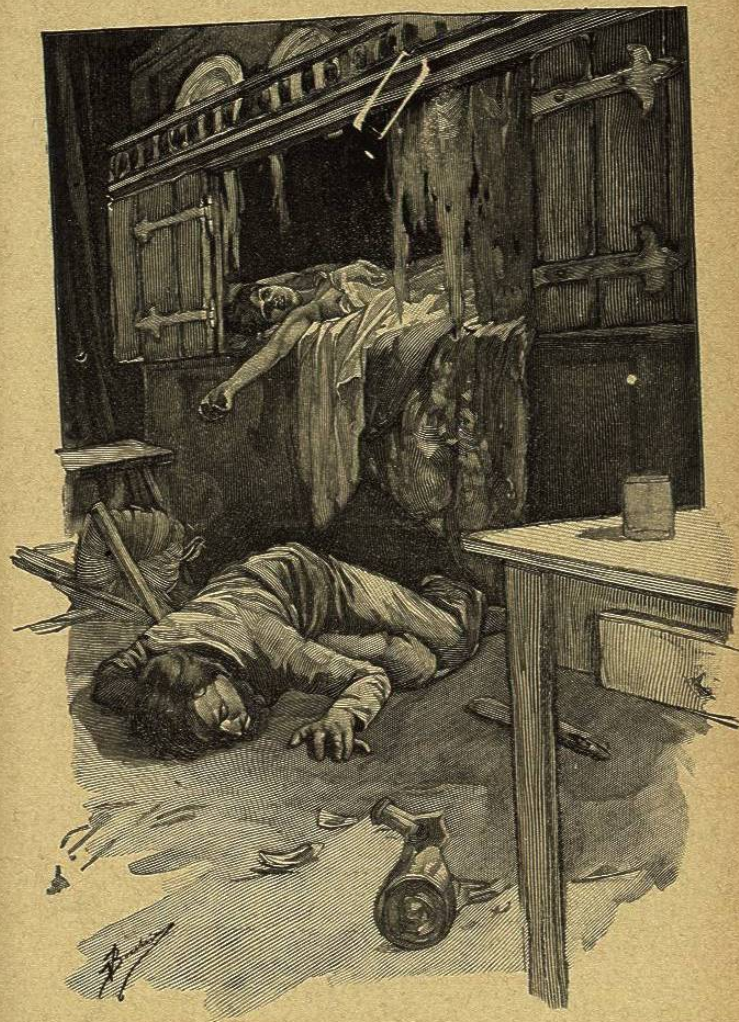
Dirigióse hacia su casa instintivamente como los pájaros van hacia su nido. Al cabo, reconociendo su puerta, comenzó á palparla, queriendo encontrar á tientas la cerradura y meter en ella la llave. Como no lo conseguía, renegaba entre dientes, y acabó dándose por vencido, golpeando las maderas y llamando á su mujer á voces:

—¡Melina! ¡Eh! ¡Melina!

Con los golpes, cada vez más fuertes, y al impulso de su peso, la puerta cedió, y Jeremías, perdiendo el punto de apoyo, entró en su casa de cabeza, desplomándose, dando con las narices en mitad de la estancia; y sintió que algo se le venía encima, que alguien tropezaba en él, pisándole y huyendo, perdiéndose afuera entre la obscuridad nocturna.

No se movió, sin embargo; el miedo le tenía sujeto, sin fuerzas, angustioso; el miedo al diablo, á los aparecidos, á los duendes, á todas las misteriosas visiones de las tinieblas; y aguardó, sin atreverse á intentar ningún movimiento. Pero como nada se movía en torno suyo, recobró alguna reflexión: la reflexión perturbada y borrosa de los borrachos.

Incorporándose á duras penas, cambió de postura; sentóse, procurándose alguna comodidad, y después de aguardar en silencio mucho rato, sobreco-



gido por el misterio que le rodeaba, se atrevió á decir:

—¡Melina!

Su mujer no le respondió.

Entonces, de pronto, una duda, una imagen terrible cruzó el turbio cerebro del borracho; una sospecha indecisa, vaga. No se movió; quedóse pensativo, sentado en el suelo, buscando entre tanta obscuridad una idea luminosa, y agarrándose á reflexiones incompletas, vacilantes como sus pies.

Luego dijo:

—¿Quién ha salido, Melina? ¿Quién estaba cuando yo entré? Dímelo. No temas; dímelo. No te pego. Dímelo.

Insistía, pero ninguna voz se alzaba en la sombra para responderle. Y después de un silencio, aguardando inútilmente una respuesta, prosiguió sus reflexiones en voz alta:

—¡He bebido mucho! ¡Estoy borracho! El me ha emborrachado expresamente; ¿por qué goza emborrachándome? ¿Por qué me arrastra, por qué me convida todas las noches? ¿Por qué me hace jugar, por qué me hace beber, por qué paga todo el gasto? Sí; lo hace para que yo no vuelva, para que no entre sereno en mi casa, para que no vea, ni oiga, ni reflexione... Sí, ¡estoy borracho!

Y luego insistió en sus primeras preguntas:
—¿Quién ha salido cuando yo entraba, Melina?
¿Quién viene cuando yo no estoy? Si no me lo dices, Melina, te arrepentirás; ¡te juro que te arrepentirás!

Después de aguardar nuevamente silencioso, prosiguió, con esa lógica lenta y obstinada, característica de los borrachos:

—Me retiene con engaños en la taberna del maldito Paumelle, me hace jugar, me hace beber todas las noches para que no vuelva temprano á casa... ¡Oh! ¡Miserable! ¡Carroña! Es vuestro cómplice.

Despacio se puso de rodillas en el suelo. Una cólera irritante le invadía y aumentaba la turbación de su borrachera.

Muchas veces repitió furioso:

—Dime quién ha venido, Melina; dime quién viene cuando yo no estoy; dímelo, si no quieres que yo haga un disparate; ¡dímelo!

Estallaba de cólera, como si todo el alcohol absorbido se inflamara de pronto en su venas. Levantóse, dió un paso, tropezó en una silla, la cogió, y al avanzar le servía de apoyo. Acercóse á la cama, palpó sobre las ropas, reconociendo que allí estaba su mujer, arrebuñada, caliente, satisfecha.

Entonces, loco de rabia, exclamó:

—Si estás aquí ¡perra maldita! ¿por qué no respondes?

Y enarbolando la silla que tenía fuertemente asida, su brazo robusto la impulsó con verdadera furia sobre los jergones.

Oyóse un grito angustioso, desgarrador. Y el marinero comenzó á golpear sobre la cama, como un trillador en la era. Ya nada se movía; los barrotes de la silla volaron deshechos; pero agarrado á un pie de la mujer, el borracho seguía dándole sin descanso.

Al fin se detuvo para preguntar:

—¿Quieres decirme ahora quién ha salido?
¿Quién viene cuando yo no estoy?

Tampoco esta vez obtuvo respuesta.

Pero estaba fatigado por el esfuerzo, embrutecido por la violencia, y dejándose caer en el suelo, tumbóse y durmió.

Al amanecer, un vecino, viendo abierta la puerta, entró.

Jeremías roncaba tranquilamente, los barrotes de la silla estaban desparramados por la estancia y sobre los jergones veíase un hacinamiento confuso de carnes desgarradas y de ropas teñidas en sangre.

